



COMPOSTELA

CUANDO llegamos, caía una lluvia mansa...

No hemos arribado a Santiago, tras una marcha de peregrinaje, por esos caminos en que cada crucero es una oración y un descanso. No traemos, en nuestros ojos, las imágenes quietas de los paisajes, porque no han tenido tiempo de pasar en ellos: apenas hemos podido entreverlos, en nuestra carrera desenfrenada.

Hemos llegado, con el sello de la impaciencia, de la velocidad propia del siglo. Casi no guardamos recuerdo alguno del viaje. Tan veloz ha sido, que aún nos parece estar ante la taquilla de la estación de partida.

—Hágame el favor: un billete para Santiago.

Y el funcionario aquel, con la naturalidad de su costumbre, nos dió, sencillamente, un billete para la Edad Media.

Cuando nos apeamos en Santiago, nos asalta un oscuro temor al ridículo: ¿no irá a resultar insólita nuestra presencia en Compostela? Porque acabamos de reparar en que, con la prisa, hemos olvidado, acaso imperdonablemente, nuestro bordón y nuestro sayal y nuestras sandalias camineras y nuestras luengas barbas, con el polvo de todas las rutas que no hemos recorrido.

Pero no. Tranquilicémonos. Entrados en Santiago de Compostela, pronto comprenderemos que nuestro caso es, ni más ni menos, el mismo de todos los habitantes de la ciudad, que viven, como nosotros vamos a vivir, en puro anacronismo.

Un paseo por Santiago irá enseñándonos que su topografía conserva incólume, un sabor de siglos: los mismos recovecos en las rúas, los mismos balcones voladizos en las fachadas de las casas, los mismos soportales, bajo los que, sin duda, se habrán repuesto, de su cansancio, miles y miles de peregrinos... Se ve que en Santiago—loado sea el Señor—no se ha dado esa especie de «hombres de iniciativas» de quienes un amigo nos aseguraba, y con razón, que son hombres peligrosísimos. Gracias a esta ausencia feliz, y a pesar de todas las exigencias de la vida de hoy, Santiago guarda su alma en su armario.

Rúa Nova, Rúa del Villar, Entrerúas, Plaza de los Literarios... Un peregrino del medievo, que retornase a ellas, esbozaría una sonrisa de saludo cordial a tan antiguas, a tan fieles amigas que le habrían estado esperando—sin impaciencias—, siglo tras siglo. Todo en Santiago, habla de permanencia, de vida perdurable.

Alta ya la noche, gustábamos de acogernos a los soportales de la Casa del Consistorio, en el recinto de la Plaza de España, y contemplar, al frente, la fachada de la Catedral. En silencio, en lenguaje de eternidad.

La Plaza estaba desierta, brindándonos el privilegio de disponer de todo el espacio en que se apretujan, en otros días, cientos de peregrinos, ávidos de acercarse al sepulcro del Apóstol, entrando en la Catedral por el Pórtico de la Gloria. Y recordamos que allí, al pie de su obra, se quedó, arrodillado y de piedra, en sempiterna, inacabable oración, el artífice de aquella maravilla, el Maestro Mateo, a quien el cariño popular, con ingenuidad que excluye toda irreverencia, casi ha canonizado ya: el Maestro Mateo es el «Santo d'os croques», y es fama que, al contacto de su pétrea testa, las inteligencias remisanse tórnense lúcidas, despiertas...

Seguimos mirando a la fachada de la Catedral, y hay un momento en que presentimos que, de la noche callada, van a brotar cantares y músicas de zanfonas. Pero nada destruye el silencio: el orvallo sigue cayendo en la Plaza, en una caída



BAJO LA LLUVIA



lenta, suave, una caída que es una pura confidencia entre cielo y tierra.

De pronto, a nuestros oídos llega una canción:

Sola, sola, sola se queda Fonseca,
triste y llorosa queda la Universidad.
Y los libros, y los libros empeñados
en el Monte, en el Monte de Piedad.

No nos hiere el contraste: lo aceptamos, como una de las innumerables manifestaciones del continuado anacronismo que es la vida de nuestros días en Santiago de Compostela. Después de todo — pensamos —, tal vez sólo se trate de cualquier pandilla de «La Casa de la Troya», que se ha quedado rezagada.

Puede que, entre los cantores, vaya el estudiante que, por la mañana, nos dijo que se alojaba en «Moncha House», de «Algalia Street», es decir, en la pensión de Doña Ramona, en la Algalia de Abajo.

Santiago es, durante el curso, una monumental Universidad, dotada, como ahora se dice, de todos los adelantos modernos: teatros, cines, cafés, tascas... Y todo ello sin salir del recinto universitario que es la ciudad entera: los estudiantes andan por Santiago como Perico por su casa.

Puede decirse de Santiago lo que Cervantes dijo de Salamanca: que es una ciudad a la que quiere volver quien alguna vez la ha visto. Y hay estudiantes que, para ahorrarse el volver luego, prefieren no abandonarla nunca. Son éstos que, durante años y años, permanecen estudiando, inacabablemente, en cualquier Facultad. En realidad, claro, no estudian. Lo que hacen es ir viviendo, a costa de su padre, hombre rico, cuyas escasas relaciones con el mundo docente permiten a sus hijos que les formulen demandas de dinero de este tono:

—Mándame quinientas pesetas para comprar un electrón de los grandes, pues el que compré el año pasado, además de ser un poco pequeño para cuarto curso, está ya bastante estropeado, casi insertible...

O esta otra:

—Espero me envíes, a la mayor brevedad, dos mil pesetas, porque este año me

corresponde a mí el encalar la fachada de la Universidad...

Y todo el dinero va a parar, casi indefectiblemente, a la Caja de los cafés, de los cines, de los teatros o de las tascas en que los estudiantes impenitentes van echándose al colete algo que no suele ser «un vaso de bon vino». Se trata, realmente, de un compuesto químico que en nada recuerda las debilidades de Gonzalo de Berceo, a quien por otra parte, algunos han dejado olvidado — para bien o para mal — en un rincón del pupitre de su bachillerato.

Los estudiantes son, en Santiago, la nota viva, con vida de actualidad, dentro de un ambiente en que el tiempo, si ha de tener algún significado, ha de contarse por siglos.

Queremos ver un designio providencial en el hecho de que la festividad del Apóstol — el 25 de julio — nos llegue cuando la ciudad, en plenas vacaciones universitarias, se ha desprendido del ajetreo bullanguero de la población estudiantil, y recobra su puro acento de ciudad jacobea.

La ciudad vive horas de recogimiento devoto: vuelve a ser sólo meta de peregrinaciones. Es entonces, en esos días, cuando podemos percibir, mejor que nunca, que Santiago guarda intacta su esencia: que el Apóstol está allí, motivo inalterable de devoción, y que ante su sepulcro llegan, como otrora, muchedumbres peregrinantes, enfervorecidas. Y cuando la festividad es la del Año Santo — tal la del presente de 1948 —, el fervor se acrecienta y las muchedumbres se tornan incalculables. La historia — y aún la leyenda — cobra el prestigio de eterna actualidad, de actualidad indestructible en Santiago de Compostela.

¿Cómo poder recordar, en tales instantes, la nota efímera de lo contemporáneo — ese puro anacronismo dentro de la ciudad medieval —, si Santiago nos anega en eternidad?

* * *

Quando abandonamos Compostela, el orvallo sigue cayendo: el coloquio, apenas musitado, continúa, continúa... Y es que el cielo y Compostela tienen siempre muchas cosas que contarse...



En la página anterior.—Imágen del Apóstol Santiago y Catedral de Santiago de Compostela, donde se encuentran los restos del citado Apóstol.

En esta plana.—Tres aspectos típicos de la ciudad gallega